

Susana Gutiérrez-Portillo y Servando Ortoll
(coords.), *Viajeros del tiempo: seis autores
y su quehacer historiográfico*. México:
Universidad Autónoma Metropolitana-
Iztapalapa/Ediciones del Lirio, 2019, 172 p.

Hace algunos años, Norbert Elias¹ fustigaba la propensión de los sociólogos —añadiría: de la inmensa mayoría de los practicantes de las ciencias sociales— a atrincherarse en el presente. De entonces a la actualidad, la situación no parece haber mejorado mucho. La mayor diversificación y fraccionamiento reciente de las diversas disciplinas de las ciencias sociales en un sinnúmero de subes-



¹ Norbert Elias, “El atrincheramiento de los sociólogos en el presente”, en *La civilización de los padres y otros ensayos*, compilación de Vera Weller (Santa Fe de Bogotá: Norma, 1998), 247-289.

pecialidades ha corrido parejo con un desprecio, olvido o abandono de las dimensiones históricas de los fenómenos sociales, políticos y económicos. Posiblemente, esto tiene mucho que ver con la formación que reciben en su mayoría los individuos de esas tribus; formación en la cual no suele haber ni siquiera un curso de historia serial. Como sea, debería ser evidente para todos los profesionales de esas áreas que el “atrincheramiento” del que habla Elias es perjudicial para comprender de manera sólida los fenómenos que se esfuerzan por escrutar. Por lo pronto, muchos historiadores han mostrado cómo proceder para integrar todas las dimensiones temporales de los hechos sociales en sus empresas por comprenderlos. Me parece que éste es un posible sentido de lo que afirman los coordinadores en la presentación de los textos: “ningún tema flota aislado en

el universo del conocimiento: ningún descubrimiento se yergue por sí mismo; debe conectarse con el trabajo anterior” (pp. 21-22). Vale decir también que ninguna disciplina de las ciencias sociales flota aislada en el universo del conocimiento: entre ellas, se nutren una de otra y mantienen nuestra promesa y deseo de mayor entendimiento y lucidez sobre el fenómeno humano.

Así, los distintos ensayos que integran el libro objeto de esta reseña tratan de temas de sociohistoria y los autores dan cuenta de cómo los han trabajado desde un enfoque eminentemente histórico, tonificado a base de pinceladas sociológicas y antropológicas. Esta obra colectiva pretende introducirnos al taller de cada uno de los historiadores contribuyentes: no tanto para que revele al lector cómo concibe la historia —tarea demasiado escolar y poco interesante para alguien ajeno a la disciplina—;

más bien, para contar la historia de la producción de su trayectoria, o de un momento fundacional de ésta: una investigación destacada del historiador o historiadora. Por esto, cada uno de los capítulos constituye una interesante lección de metodología, en el sentido amplio del término, y algo más.

En el primer capítulo, “La historiografía: de dónde viene, a dónde va, y de la mano de quién”, Alan Knight se focaliza en cómo la historia y las ciencias sociales —antropología, geografía— se enriquecen mutuamente; considera que esta suerte de cooperación entre disciplinas “refleja una división del trabajo racional [...], ya que el progreso depende de una división del trabajo creativa” (p. 28). En este entrecruzamiento, los científicos sociales toman de la historia sus datos, y los historiadores toman de aquéllos sus conceptos y leyes. Al proceder así, evitan el peligro de comprender a medias los procesos, lo que lamentaba Elias. Pero Knight observa también el atrincheramiento en el presente de los actuales politólogos, quienes, “siguiendo la pista de los economistas, descartan la historia e imaginan un universo ilusorio, mecanicista y amnésico, poblado de míticos ‘actores racionales’” (p. 29).

En su entrecruzamiento con la antropología, la historia se ha enriquecido con el énfasis de aquella disciplina en

la dimensión cultural de los fenómenos sociales. La historia ha dado lugar a temas que antes no eran parte de su canon. Esto ha entrañado un riesgo para la historia. El giro cultural adoptado en la antropología impregnó en ésta con un aire de relativismo y de recelo hacia la objetividad de las ciencias sociales. Knight advierte contra el peligro de creer que, por difícil de alcanzar, se debe abandonar la búsqueda de la objetividad en favor de “una subjetividad irresponsable”. Es enfático al señalar que “[d]ebemos esforzarnos por alcanzar el ambiente más aséptico —es decir, más objetivo— posible, aunque sepamos que fallaremos en algo” (p. 32). El método histórico es aséptico y la disciplina misma es ascética. Esta idea es contraria a toda pretensión de usar la historia para fines políticos o morales. La historia no tiene una causa, en el sentido usual de la expresión; pero sí lleva una causa: la de ofrecer instrumentos de conocimiento de los hechos del pasado para alcanzar cierta lucidez sobre los del hoy y del mañana. Es así porque, en palabras de Knight, “los historiadores tienen acceso a cierto conocimiento privilegiado, arcano y, sobre todo, útil”. De nuevo, esa utilidad es intelectual y no política. Para estar a tono con todo lo dicho en su ensayo, Knight no podría haber terminado mejor que con esto: “sí hay una tarea útil para los historiadores,

precisamente porque la historia es tan compleja y el futuro tan opaco: es decir, combatir la idiotez y la mendicidad de los políticos (entre otras cosas)” (pp. 35-36).

Otra interesante lección de metodología está contenida en el texto que firma Ernesto Bohoslavsky, “Mitologías conspirativas en Argentina y Chile: problemas globales y preguntas locales”, uno de los más apasionantes. El autor da cuenta de cómo procedió para elaborar un marco teórico para su tesis doctoral, la cual versó sobre las teorías de la conspiración en Argentina y Chile relativas al establecimiento, por británicos y nazis, de puertos clandestinos en la Patagonia durante la Segunda Guerra Mundial y a la creación, por parte de Tel Aviv, de un segundo Estado judío también en la Patagonia. El autor se halló frente a un objeto sobre el que no existía bibliografía en América Latina. Si bien en otras latitudes, especialmente en Europa,

proliferaban las publicaciones que trataban el tema, sus explicaciones no eran *prima facie* aplicables al fenómeno en los países andinos. De todos modos, Bohoslavsky se las ingenió para hacer que esa literatura “lejana” fuera útil para construir su argumentación. Cuenta así su proceder: “[s]e trata de tomar por las solapas a sujetos que han escrito sobre



tiempos y problemas distintos y alejados de los nuestros, para que trabajen en torno a una pregunta que es nuestra. Lo interesante de un estado del arte es conseguir que esos autores contribuyan a una inquietud que es particular y contemporánea” (p. 96).

Este historiador buscaba desentrañar cuatro cuestiones de orden teórico o metodológico: *a)* quería saber, primero, si los promotores de las historias conspirativas de marras creían en ellas; *b)* se preguntaba luego si había que estudiar a los promotores o a los destinatarios de dichas historias; *c)* la tercera cuestión se refería a cómo estudiar los mitos: si pensarlos como un recurso usado en todos los tiempos y en todas las sociedades, o verlo como propio de la política moderna, y *d)* le interesaba por último saber qué tipo de relación podría existir entre el mito conspirativo y la realidad.

Después de señalar las respuestas que numerosos autores han dado a éstos y otros cuestionamientos relativos al mito conspirativo, sobre todo respecto a sus orígenes, sus características, sus fines, las razones de su éxito y los perfiles de sus creadores, Bohoslavsky apunta: “[l]a bibliografía expone un consenso según el cual las denuncias sobre complots son tan viejas como el mundo, pero fue en el acelerado final del siglo XIX y a inicios del siguiente cuando Occidente se mostró más pródigo al respecto” (p. 108). Parecería que las épocas de gran

incertidumbre, en las que predomina la visión de un mundo carente de orden y rumbo, son muy propicias a la aparición de “teorías” conspirativas.

De los cuatro cuestionamientos que buscaba elucidar el autor, sobre el primero concluye que es difícil establecer con claridad si los “promotores de denuncias conspirativas creen honestamente en ellas”. Son como lo que el filósofo Harry Frankfurt llama *bullshit*, esto es: discursos a cuyos promotores les tiene sin cuidado su veracidad o falsedad; sólo les importa su utilidad con arreglo a determinados fines. Acerca del segundo punto, el autor se decantó por priorizar “la cuestión de los permisos sociales” o “por qué en ciertos momentos [los promotores de estas teorías] parecen tener razón y son vistos como profetas” (p. 113). Sobre los otros dos cuestionamientos, se inclinó por tratar los mitos conspirativos como un “rasgo de la política moderna” y por postular que dichos mitos revelan mucho o todo acerca de las creencias y prácticas políticas de sus promotores y nada de la realidad de sus víctimas. Este capítulo es un recurso de primera necesidad para los estudiantes de posgrado que penan por saber cómo dar con la teoría o construir el marco teórico pertinente para su tema de tesis.

Otras dos contribuciones del volumen, “La historia cultural y la memoria popular de México” de William

H. Beezley y “Y bajo la máscara... el pueblo: la lucha libre entre la tradición y la modernidad” de Janina Möbius, muestran cómo el estudio de las prácticas populares —la quema de Judas y el teatro itinerante de títeres, en un caso; la lucha libre, en el otro— sirve para capturar la memoria, las mentalidades y las luchas simbólicas colectivas en un determinado momento histórico. Beezley muestra que la quema de Judas tenía —y cumple— un propósito: mofarse de los individuos considerados indeseables en la comunidad y condenar su comportamiento. Implícitamente, se buscaba —y busca— con ello prescribir las conductas aprobadas por la comunidad. Escribe este historiador: “la quema de los judas representa la *humillación, sátira y control social* en la comunidad” (p. 64). El teatro itinerante de títeres también tenía esa función edificante, pero en un sentido no excluyente: contribuía a fabricar —o inventar— una memoria y una conciencia común de la nación mexicana en construcción, mediante la representación: a base de humor, sátira y risa, de múltiples aspectos de las muy diversas culturas, etnias y formas de vida que, en conjunto, conformaban al pueblo mexicano. El investigador necesita de una sensibilidad bien educada para encontrar los hilos interpretativos sugerentes y restituir la trama expresiva que subyace a todas esas manifestaciones de la cultura popular.

La lucha libre tradicional es, como el teatro de títeres, un espectáculo escénico mediante el cual sus protagonistas representan aspectos de la sociedad y la cultura mexicanas. Eso es justo lo que Janina Möbius expone en su contribución al volumen; lo expresa en esta hipótesis: “la lucha libre bosqueja un mundo propio de las luchas populares” (p. 73). La autora insiste en que —a diferencia de su versión actual, que ha pasado por un proceso de apropiación, con su consiguiente comercialización, mediante la televisión— la lucha libre tradicional, la de su interés como investigadora, pone en escena diversas dimensiones de la vida cotidiana del público asistente. En esto, dos elementos sobresalen. El primero concierne a la figura del luchador como personaje ambivalente: por un lado, lo perciben como un héroe del *ring* que derrocha valor, reta a sus rivales y gana batallas; por el otro, es un individuo común, un vecino del barrio que en la vida cotidiana se enfrenta a las mismas preocupaciones que sus seguidores. Así, se opera una doble identificación con el luchador: en el *ring* es portador de éxitos y fracasos, traumas y anhelos con los que se identifica el público; fuera de ese espacio, lleva la misma vida que los seguidores.

El segundo elemento es del orden de los marcadores de género. Möbius se detiene en algunas figuras de luchadoras,

para analizar cómo su personaje es un reflejo o un cuestionamiento de los roles y propiedades tradicionalmente vinculados con las mujeres. La presencia de las mujeres en esa práctica contribuyó a trastocar dos situaciones vinculadas con el género. Una es el evidente cuestionamiento de valores, expectativas y atributos considerados como femeninos. En palabras de Möbius: “Trabajar de luchadora significa ‘hacer una plancha’ fuera del papel tradicional de la familia: por el tipo de trabajo, por la imagen que da una luchadora, por la violencia representada, por las ‘giras’ y otras cosas” (p. 80). Contrario al mensaje vehiculado en los estereotipos de género, las luchadoras muestran que las mujeres también oponen resistencia, lanzan golpes y son violentas.

La otra situación es que la presencia de las mujeres en este universo modifica los contrastes habituales del espectro de la masculinidad. Con mujeres de carne y hueso en escena, los varones luchadores “afeminados” dejan de encarnar la alteridad o de ser “hombres poco hombres”, respecto de los luchadores “muy hombres”. Según la autora, con la inserción de las mujeres, “se suspenden momentáneamente los conceptos clásicos de *masculinidad*, y se relativizan las versiones tradicionales de qué significa ser hombre” (p. 84). Sobre este último punto, el lector tendría motivos para

preguntarse por qué, en la lucha libre, la presencia de mujeres ha contribuido a desdibujar las polarizaciones propias de la masculinidad, mientras que en otros universos —pienso en los deportes en general— no ha ocurrido eso.

Una vida de investigación transitará entre varios temas, pero parece que habrá siempre uno que marcará la trayectoria académica y al que el estudioso, sin importar cuánto se haya alejado, volverá una y otra vez. Éste es el caso de Jean Meyer, autor de “A la distancia, la Cristiada”. De 1973, fecha de publicación de su obra en tres volúmenes sobre la guerra cristera, a 1992, año de la reforma constitucional que eliminó de la Carta Magna los artículos que fueron artífices de dicho conflicto, reinó un total silencio en torno al tema. Ni de parte de la Iglesia ni desde el Estado había voluntad para tocar ese episodio que tantas muertes y heridas costó al pueblo mexicano. Esto explica la fría acogida que tuvo el libro en los años posteriores a su publicación. Mas, a partir de 1992, proliferaron obras de diversos registros en torno a la Cristiada. La insatisfacción que le provocó la poca seriedad de la mayoría de esos abordajes condujo a Meyer a volver al tema, para tratarlo desde otras dimensiones y con otros soportes.

El historiador se considera la principal voz autorizada para hablar de la

guerra cristera porque, a diferencia de la imagen popular del oficio del historiador, su trabajo seminal no se apoyó en documentos de archivos: se basó en entrevistas con los mismos protagonistas del conflicto armado. Procedió así como lo hubiera hecho un sociólogo o un antropólogo, pero, como historiador de oficio, preguntándose si una comparación entre guerra cristera y la *guerre de Vendée*, en Francia en 1793, está bien fundamentada. Una empresa de comparación de tal dimensión tendría que salvar numerosos escollos; mas una cosa está segura para el historiador: en uno y otro caso, el levantamiento en armas procedió de un profundo sentimiento de humillación frente a la imposición de lo “inaceptable, a saber, la imposibilidad de practicar, vivir, la religión tradicional, la ‘religiosidad’” (p. 51). Tanto para vandeanos como para cristeros, la religión, la práctica de su fe, no estaba a discusión. Para Meyer, como para Knight, el historiador está constantemente en la necesidad de combatir las reconstrucciones a modo de los hechos pasados, a fin de entregar, hasta donde le es posible, “la memoria viva” de sus protagonistas.

La última colaboración al volumen, “El encuentro entre el modernismo suizo y mexicano: Hannes Meyer y el Instituto de Planificación y Urbanismo en la Ciudad de México”, de Georg

Leidenberger, la única que no toca un “quehacer histórico” en primera persona, versa sobre las aportaciones del arquitecto suizo Hannes Meyer a la arquitectura mexicana, entre 1938 y 1941. Meyer llegó a México en una época de gran migración hacia la ciudad, con el consiguiente crecimiento acelerado de la urbe. Como presidente del Instituto de Planificación y Urbanismo (IPU) del Instituto Politécnico Nacional (IPN), priorizó la formación técnica sobre la artística y enfatizó “la necesidad de una colaboración interdisciplinaria” que involucrara tanto a arquitectos y diseñadores, como a filósofos y psicólogos (p. 122). Influida por el marxismo, Meyer concebía el ordenamiento de las ciudades como parte de un proyecto nacional. Además, bajo su dirección, el IPU se preocupó porque la arquitectura y el urbanismo contemplaran las particularidades culturales, sociales y tradicionales de las clases populares para quienes diseñaban y edificaban. Ésta y otras ideas cuyas sintonizaban con la atmósfera reinante en aquellos años del gobierno de Lázaro Cárdenas; también eran propias de la escuela del *Bauhaus*, de la que había sido parte en Europa.

Las innovadoras iniciativas de prácticas y docencia de Meyer y del IPU finalizaron abruptamente en 1941, “víctima de las rivalidades dentro de

la izquierda mexicana e internacional” (p. 128). Otras dos posibles explicaciones de ese final consisten en que no agradaba al gobierno de Manuel Ávila Camacho que el IPU estuviera integrado por un director “estalinista” y un grupo de arquitectos “socialistas”, o bien, que la defenestración de Meyer resultó del “ambiente xenófobo” reinante en el México posrevolucionario. Como sea que fuera, la orientación del IPU ya no concertaba con las orientaciones políticas y educativas nacionales adoptadas a partir de 1940. Con ello, se perdió un centro de investigación y formación único en su estilo en el país, en un momento en que la “acelerada urbanización en México lo requería urgentemente” (p. 130).

En sus “Notas y reflexiones finales”, los coordinadores declaran así su intención al compilar ese conjunto de ensayos: “[n]uestro objetivo en esta obra colectiva fue compilar una serie de textos que funcionaran en su conjunto como un libro de texto útil para estudiantes de posgrado en las áreas de las ciencias sociales y de estudios culturales” (p. 136). Confieso que es un volumen más interesante y útil que los libros de texto habituales; lo describiría más como un conjunto de textos a los que vale la pena volver una y otra vez, cuando se dude de la calidad de un problema o de una pregunta de investigación o simplemente no se sepa cómo formularlo.

A este respecto, los coordinadores enfatizan una cuestión fundamental que, a mi parecer, a menudo se soslaya en los cursos de metodología o en la muy repetida “construcción del objeto”: se trata de la importancia de formular un problema o una pregunta en abstracto y de saber dar con el “*situ* estratégico” donde resolverlo. Hasta donde he observado, los estudiantes de posgrado —pero también muchos investigadores— propenden a ceder a la facilidad de pensar en lo particular, obviando la necesidad de contar con una pregunta abstracta. Ésta, según los coordinadores, tiene cuatro funciones fundamentales: contribuye a dar relevancia a un estudio particular; ayuda a discriminar los datos útiles de

los superfluos en la tarea de responder a la pregunta; ayuda a redondear un trabajo y a saber concluirlo, e incita a poner a prueba nuestras tesis en “*situs* estratégicos” diversos. Por último, los estudiantes de posgrado de las ciencias sociales valorarán en estos ensayos la virtud de la claridad y la escritura precisa que tanto distingue la prosa de los historiadores.

DUCANGE MÉDOR

ORCID.ORG/0000-0002-2462-7962

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

leduc.medor@gmail.com

D.R. © Ducange Médor, Ciudad de México, enero-junio, 2022.